

Diócesis Católica de Spokane, Washington

El Obispo Escribe

“El tema de la inmigración”

Escrito por el Obispo William S. Skylstad

(Tomado de la edición del 27 de Abril del 2006 del 'Inland Register')

Caluroso debate político, grandes manifestaciones, y la presencia de un gran número de inmigrantes es este país finalmente ha llegado a un punto crítico de la tan necesitada discusión, y de la búsqueda por una resolución del tema de inmigración. Es muy importante que reconozcamos que hay seres humanos involucrados – gente que ha llegado a Los Estados Unidos a trabajar y a vivir. Ellos son hermanos y hermanas en Cristo quienes merecen respeto y apoyo.

En mucho casos, su presencia es integral para nuestra economía. Sólo hace falta echar un vistazo en nuestro estado de Washington, particularmente en la agricultura, para ver qué tan cierta es esta realidad. En la mayoría de los hoteles de este país, escucharás que se habla español en los corredores conforme las camareras van limpiando y refrescando las habitaciones de los huéspedes. Toma un taxi en Washington D.C., y en cinco viajes, podrás tener cinco diferentes conductores de cinco países distintos.

Nuestro país esta construido por la inmigración. Mi propio padre es un inmigrante. El llegó en 1927, a través de la Isla Ellis. El programa era mucho más controlado en aquel entonces, pero hoy en día, el flujo de inmigrantes en los E.E.U.U. ha sido mucho menor en varios casos. Hay muchas maneras de entrar a Los Estados Unidos; el resultado da un número considerable de individuos que no cuentan con documentación. Un arzobispo de México me comentó que tenía un millón de personas en su arquidiócesis que ya habían emigrado a Los Estados Unidos. Algunos de ellos están aquí ahora, en nuestra diócesis. Ellos son parte de nuestras parroquias, parte de nuestras extensas comunidades. Aquí ellos han establecido su trabajo, algo que habían estado buscando desesperadamente.

La realidad del incremento en las cifras de personas indocumentadas clama por una resolución justa. Desafortunadamente, su presencia ha ocasionado que un buen número de inmigrantes sean objeto de abuso y de leyes con malas tendencias propuestas a nivel nacional. Hace muchos años, cuando era Obispo de Yakima, escuché a un oficial de inmigración hablar de lo inútil que sería tratar de cerrar nuestras fronteras. Ahora hay quienes hablan de tratar de levantar un muro. Yo recuerdo un muy atinado comentario el pasado enero en Jerusalén; El Obispo William Kenny, el Auxiliar del Obispo de Estocolmo, declaró que cualquier país que trata de construir un muro, está demostrando su debilidad.

Nosotros efectivamente necesitamos dar seguridad a nuestras fronteras. Pero a la vez, estamos necesitados de trabajadores en Los Estados Unidos, y la gente está respondiendo

a esta necesidad. No cabe duda que los temas alrededor de la inmigración son complejos. Mi deseo es que nuestra nación encuentre una solución que respete los derechos de todos los involucrados.

A través de los años, la iglesia católica con frecuencia ha hablado acerca de la cuestión de inmigración. En 1996, los Obispos Católicos del Estado de Washington emitieron una declaración pastoral, en este documento se dijo, “Sin enfocarnos a la complejidad del desplazamiento de gentes y culturas, le recordamos a nuestra comunidad de fe que estos no son solamente temas de política y administración. Son situaciones de personas reales enfrentándose a sus necesidades de empleo, hogar, educación y hasta por mera supervivencia. Para la mayor parte, nuestra vida cotidiana no está preocupada por la implementación de políticas sino por cómo convivir con la diversidad de personas en nuestro medio y con las culturas que ellos representan”.

En el 2003, un símbolo histórico, la carta pastoral titulada, *Juntos por el camino de la Esperanza; Ya no Somos Extranjeros*, fue emitida por los Obispos Católicos de México y Los Estados Unidos. Esta carta brinda un excelente antecedente para el reto de la inmigración de la gente, citando Escrituras y enseñanzas sociales católicas pertinentes. A continuación se mencionan cinco de los principios en relación a esta enseñanza:

- Las personas tienen el derecho de encontrar oportunidades en su tierra natal.
- Las personas tienen el derecho de emigrar para mantenerse a sí mismos y a sus familias.
- Las naciones soberanas tienen el derecho de controlar sus fronteras.
- Los refugiados y los que están en búsqueda de asilo político deben ser protegidos.
- La dignidad humana y los derechos humanos de los inmigrantes indocumentados deben ser respetados.

El documento concluye con retos y respuestas pastorales y de política pública.

Los Obispos de Los Estados Unidos recientemente han emprendido una campaña especial, *Justicia para los Inmigrantes: Una Jornada de Esperanza*, en la cual señalan: “Nuestra fe común en Jesucristo nos incita a buscar maneras que favorezcan un espíritu de solidaridad. Es una fe que trasciende fronteras y nos impulsa a vencer cualquier forma de discriminación y violencia para que podamos construir relaciones que sean justas y de amor”.

Asimismo, los Obispos invitan a que se revise el sistema migratorio de los Estados Unidos y que incluya los siguientes importantes elementos:

- Una legalización ‘merecida’ de las personas indocumentadas en los E.E.U.U.
- Una reforma al sistema migratorio basado en peticiones familiares que permita que los miembros de las familias se reúnan con sus seres queridos en Los Estados Unidos.
- Una reforma al sistema migratorio basado en peticiones laborales para ofrecer vías legales para los inmigrantes de manera que vengan y trabajen de manera segura, humana y ordenada.
- Erradicar la estrategia de aplicación de la ley del “bloqueo” de la frontera.

- Restaurar los debidos procesos legales para los inmigrantes.

Por último, el verano pasado el Cardenal Theodore McCarrick de Washington D.C. habló de este tema diciendo “Necesitamos políticas migratorias más sólidas y claras”, y agregó “Debe servir a la seguridad y prosperidad de nuestro país y al mismo tiempo estar basada en los valores morales en los que ultimadamente todas nuestras vidas deben basarse. Nunca debemos olvidar el llamado del Evangelio de Jesús ‘de acoger al extranjero’ porque en el rostro de los extranjeros vemos el rostro de Cristo”.

Espero que todos nosotros podamos responder a esa llamada con un resonante “Amén”.